

Carta de Adviento-Navidad 2008

Palabras en la mirada

La predicación de la Orden: una predicación encarnada

Que la Palabra se haya hecho carne (*Jn 1, 14*) es una llamada permanente a que la predicación sea encarnada. A la Palabra encarnada debe corresponderle una *predicación encarnada*. Esta necesidad es una dimensión constitutiva de la fe cristiana y la orientación fundamental de la espiritualidad dominicana. El venerable Humberto de Romans, en su escrito *La formación de los predicadores*, dice: “*predicar es oficio de Dios. Para realizarlo, Dios se hizo hombre*”. Equivale a afirmar que la finalidad de la encarnación es la predicación que trae la salvación. Es decir, Dios se hizo hombre para hablarnos en nuestro lenguaje humano, y para mostrarnos que no hay mejor lenguaje para comprender y anunciar su mensaje que el camino y el lenguaje del amor. Por tanto, que la predicación necesite de la encarnación para poder realizarse es una llamada a la continua tarea y al esfuerzo de la dinámica de la encarnación en nuestra predicación.

Esta reflexión tiene en cuenta especialmente el citado texto de fr. Humberto de Romans. ¡Es impresionante la enorme actualidad que puede llegar a tener un escrito del siglo XIII! Aquí sólo se sugieren algunas reflexiones en torno a tres dimensiones: *sobre la identidad del predicador, a quién o quienes predicar y cómo predicar*. En todo ello tendremos como modelo, precisamente en este año paulino, al gran predicador que fue San Pablo, y cuya huella ha quedado indeleble en la Orden Dominicana.

1. El predicador

“Yo, hermanos, cuando fui a vosotros, no fui con el prestigio de la palabra o de la sabiduría a anunciaros el testimonio de Dios, pues no quise saber entre vosotros sino a Jesucristo, y éste crucificado. Y me presenté ante vosotros débil, tímido y tembloroso. Y mi palabra y mi predicación no tuvieron nada de los persuasivos discursos de la sabiduría, sino que fueron una demostración del Espíritu y del poder para que vuestra fe se fundase, no en sabiduría de hombres, sino en el poder de Dios” (1 Cor 2, 1-5).

- **Vocación y gracia**

Un dominico no es quien predica bien sino quien *es* predicador. Aunque hay que esforzarse en predicar bien, lo que primeramente nos debe preocupar es cómo llegar a *ser predicadores*. Por ello, no se trata sólo de analizar cómo debemos predicar, sino de considerar la forma de vida de quienes hemos sido llamados a ser predicadores. El interés por la predicación no es una mera preocupación por el adiestramiento en las técnicas modernas de comunicación -por muy necesarias que éstas sean-, sino que se orienta a reavivar nuestra identidad vocacional. Si consideramos que ser predicadores es nuestra pasión vital, entonces surgirá en nosotros la inquietud por transmitir de un modo más atractivo y efectivo el mensaje evangélico. Ante todo, ser predicadores es, para

nosotros, una forma de vida: la propia de la vocación dominicana. Por ello, ser buen predicador es mucho más que predicar bien.

La forma de vida del predicador es acogida como un don de Dios, porque de Él recibimos la Palabra y el encargo de transmitirla con la vida y las palabras. Humberto subraya que la gracia de la predicación es un don especial: “*es un don de Dios el que alguien tenga fuerza al predicar*”. El predicador suplica en la oración diaria este don de la predicación: la gracia de una predicación con *fuerza*. Dado que la predicación es una gracia de Dios, el *primer beneficiario* de ella es el propio predicador: “*Mucho recibe el predicador de su predicación*”.

En la predicación Dios nos encuentra en medio de nuestras mismas palabras cuando hablamos de Él. Por ello, la palabra predicada es para el que la proclama una experiencia de la gracia, un momento ya en sí mismo *contemplativo*. El decir del predicador, por la fuerza de la Palabra, es su lugar por excelencia para el encuentro con Dios. Las palabras sobre Dios, impulsadas por su Espíritu, son palabras que nos acercan a Dios. Así pues, la predicación es una forma de contemplación. A este respecto, fr. Vicente de Couesnongle afirma: “*La contemplación no debe sólo preceder a la predicación. El anuncio del mensaje vivifica y enriquece, si sabemos estar atentos, nuestra relación vivida con Dios*”. Y fr. Timothy Radcliffe lo certifica: “*predicar es un acto contemplativo*”.

- **Credibilidad personal**

La mayor insistencia sobre lo que se requiere del predicador es pedirle *autenticidad* en sus palabras y *honestidad* para ponerlas en práctica. Si no se esfuerza por vivir la palabra que ha dado, con la que se ha comprometido, y lo que predica a otros, no pasará de ser, en el mejor de los casos, un “mal actor”. El “decir” a otros compromete. Los estudios “laicos” actuales sobre comunicación insisten en ello para que pueda darse una comunicación eficaz y digna de tenerse en cuenta: el que comunica debe ser alguien creíble por los actos y la práctica de su vida. El éxito en la comunicación depende en alto grado de la credibilidad personal que el comunicador transmita, a menudo a través de sus gestos, mirada, lenguaje no verbal... y siempre a través de la autenticidad de su fe y su amor. De ahí el esfuerzo constante en vivir y poner por obra lo que proclamamos, a pesar de nuestras debilidad y pecado. En palabras de fr. Humberto: “*Para todo predicador es indispensable una vida honesta... que sus acciones concuerden con sus palabras*”, lo que incluye: “*rectitud de conciencia, una vida irreprochable, austeridad de vida, una vida excelente o de altura o buena, una vida luminosa que predique con sus obras*”. Esta exigencia no viene dada sólo por el principio de coherencia entre los dichos y los hechos, sino que nace de la misma vocación del predicador que está llamado a anunciar la Buena Noticia no sólo con sus palabras sino con el ejemplo de su vida toda: “*De tal modo ha de ser el predicador, que glorifique a Dios no sólo con sus palabras, sino también con su vida*”. Igualmente fr. Luis de Granada comienza su obra de la *Retórica Eclesiástica* –que en su organización se inspira en la obra de fr. Humberto- ocupándose de la integridad moral del predicador.

La vida creíble es la vida honesta dirigida por la *virtud*, por la bondad. Fr. Humberto sintetiza en qué consiste la vida íntegra en lo siguiente: lo primero, consiste en “*ser buenos ante Dios. De otro modo, todo lo que exteriormente se intente mostrar es pura hipocresía. Por eso dice Pablo: Yo me he portado con entera buena conciencia ante*

Dios (Hch 23, 1)”. Segundo, “*hay que ser buenos ante la gente: Procura... ser modelo para los fieles en la palabra, en el comportamiento, en la caridad, en la fe, en la pureza (1Tim 4, 12)*”. Tercero, “*hemos de ser buenos no por partes, sino integralmente. Buenos en todo y con todos. Buenos en todas partes y de continuo*”. Y añade: “*Hay que llevar una vida útil. No conviene que se vea al predicador ocioso entre la gente; al contrario, debe aprovechar siempre el tiempo en algo, según el ejemplo de Pablo, cuando dice a los presbíteros de Éfeso: Acordaos que durante tres años no he cesado de amonestaros día y noche con lágrimas a cada uno de vosotros (Hch 20, 31)*”. Y llama la atención su insistencia en una actitud más: “*Hay que ser amables*”, que, según él, implica: prudencia en el hablar, ser afables, sabiendo adaptarse a las circunstancias, condescendientes, humildes, de corazón compasivo (“*Agrada muchísimo a la gente encontrar alguien que les comprende y sufre con ellos*”). Ser amable significa que el que habla quiere a los que escuchan y que quiere, verdaderamente, el bien para ellos.

Nada suple la calidad persuasiva que sólo la credibilidad personal puede provocar. Nadie puede convencer si él no está personalmente convencido y comprometido. Sólo así se está en condiciones de hablar de manera apasionada y, por eso mismo, contagiosa. Ya Quintiliano definía al orador como “*una persona moralmente íntegra, que ha aprendido a hablar bien*”. En numerosas ocasiones esto puede desanimarnos al experimentar nuestra propia debilidad y pecado, comodidad y egoísmo. Ciertamente, una *vida honesta* no es una vida ya perfecta. Una vida honesta es la de quien no pierde de vista el ideal al que está llamado, el que no exige a los demás más de lo que se exige a sí mismo, el que se deja contrastar por la Palabra, quien se aplica a sí mismo antes que a nadie lo que predica, quien en sus palabras refleja ante todo la bondad y la compasión del Buen Pastor. ¡No hay mayor credibilidad personal que la del amor sincero, entregado y comprometido hacia los demás! La credibilidad del predicador se juega en el testimonio de una fe inquebrantable “*que actúa por la caridad*” (Ga 5, 6) y de una fidelidad generosa en el servicio a la Palabra.

La credibilidad personal conlleva que el predicador sea un *testigo*, alguien que personalmente se toma en serio aquello que predica y lo ha hecho experiencia propia. No se preocupa exclusivamente en acertar en una transmisión eficaz del mensaje sino en invitar a los demás a que lo asuman por experiencia propia. El auténtico testigo es el que busca que los demás creen por sí mismos, por la verdad misma de lo que se cree y por propia experiencia, y no sólo por el testimonio de otro. A este respecto, el relato de la Samaritana con sus paisanos es paradigmático: “*Ya no creemos por tus palabras; que nosotros mismos hemos oído y sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo*” (Jn 4, 42).

- **Meditación y estudio de la Palabra**

La predicación, antes que palabras que uno dirige a otros, debe ser mensaje que *habla al predicador*, mensaje que la Palabra le dirige a uno mismo. La identidad del predicador crece y madura en estrecha simbiosis con la Palabra de Dios, alimentándose de ella, convirtiéndose el predicador en el primer destinatario de la predicación. El punto de partida de la predicación siempre es lo que la Palabra nos dice y cuestiona a nosotros mismos. El profeta Isaías compara a la Palabra con la lluvia que empapa la tierra y la hace fecunda (Is 55, 10-11). La Palabra es fecunda cuando le dedicamos *tiempo* para meditarla, para que cale y penetre en nuestro interior. Manuel García Morente tiene unas hermosas páginas en donde resalta el valor de la soledad y del silencio para que lo

profundo de la vida cale y penetre en el alma: *“La prisa ha deshecho igualmente la hondura de los sentimientos. La multiplicación de las vivencias convierte las emociones en sensaciones. No hay tiempo para pensar; no hay tiempo para ser; no hay tiempo para amar... El hombre moderno tiene la desgracia de no poder aburrirse ya. Antiguamente, cuando los viajes eran largos y las noticias tardaban mucho tiempo en ir y venir, los hombres encontraban frecuentemente ocasiones para sondear sus propias almas. Y lo que la vida había puesto en ellas, penetraba hondo y arraigaba firme y sellaba el carácter y determinaba el destino... En el fondo, el hombre moderno está más solo que nunca en medio de la vorágine actual. Pero lo terrible es que no se da cuenta de esa su soledad; no puede darse cuenta de ella, justamente porque su vaporosa alma liviana es toda exterioridad y no tiene recámara íntima adonde la voz suave del amigo pudiera llegar con su balsámico acento”* (Ensayos sobre el progreso, en *Obras completas* I, 1, pp. 348-349).

Por otra parte, fr. Humberto señala que el *estudio* ayuda a superar las dificultades de la predicación. Una de estas dificultades puede ser el desánimo por la propia incapacidad o por la esterilidad de nuestras palabras. Poco a poco puede ir apoderándose de nosotros un sentimiento de inutilidad de la predicación. Entonces debemos volver a la Palabra y dejarnos empapar de su fuerza. En el estudio dominicano –*“que pertenece a la dimensión contemplativa de nuestra vida dominicana”* (Providence n° 105)- se unen el conocimiento de las Escrituras y el Espíritu que las actualiza en nosotros. Cuando el estudio y la meditación se unen, mutuamente se fortalecen haciendo más eficaz la predicación. Añade fr. Humberto: *“Para escuchar de manera correcta la palabra del Señor, hay que acogerla con gozo, acercarse a ella con prontitud, perseverar en ella hasta su término, escucharla con diligencia, silencio, paz, atención, deseo, longanimidad, paciencia y devoción”*. En la meditación y el estudio podemos escuchar y aprender del único maestro verdadero en el arte de la predicación: *“De las otras artes se encuentran muchos maestros, que pueden conseguirse fácilmente; en el arte de la predicación, por el contrario, sólo hay un Maestro, cuya provisión pocos tienen, a saber, el Espíritu Santo. Fue por esto que el Señor no quiso que aquellos egregios predicadores predicasen hasta que no llegase el Espíritu Santo que habría de enseñarles todas las cosas (cf. Jn 16, 13)”*.

- **El ministerio del predicador**

Cuando decimos que la predicación es un ministerio, enseguida “espiritualizamos” el concepto de ministerio y se nos olvida que, como todo servicio eclesial, lo que con ello se quiere decir, en primer lugar, es que se trata de un *trabajo*, una actividad que conlleva esfuerzo y ascesis, que exige dedicación y preparación. Un ministerio que exige gran responsabilidad del predicador, dedicándole tiempo y energías a la preparación adecuada. Debe hacerlo con confianza y humildad, a la vez que con una interna satisfacción y alegría por poder desempeñar el ministerio que le ha sido confiado: *“No es que pretendamos dominar sobre vuestra fe, sino que contribuimos a vuestro gozo, pues os mantenéis firmes en la fe”* (2 Cor 1, 24). Así pues, la predicación es trabajo, y exige *preparación* y *dedicación*. La eficacia de la predicación está en clara correspondencia con una adecuada y responsable preparación. No estaría de más que revisásemos, por ejemplo, cuánto tiempo dedicamos a preparar la homilía y cómo hacemos esta preparación. Entre nosotros, algunos comienzan el lunes de cada semana leyendo y meditando las lecturas del domingo siguiente. Hay comunidades que se reúnen semanalmente para tener un momento de encuentro en el que ponen en común lo

que las lecturas dominicales les sugieren a cada uno. Durante el resto de la semana se hacen lecturas que ayuden a comprender su mensaje y a presentar su actualidad. Siempre atentos a aquello que la misma vida cotidiana nos ofrece y que puede correlacionarse con el mensaje de las lecturas.

El mismo fr. Humberto advierte del enorme daño de la pereza en la preparación: *“Otros se frenan por pereza a preparar lo que han de decir, pues ya se sabe cuánta solicitud y trabajo demanda una buena predicación. Ayudando a su discípulo a que venciera esa inercia, decía Pablo a Timoteo: ‘Tú, vela en todo, soporta los trabajos, haz obra de evangelizador’ (2Tim 4, 5), como diciéndole: no dejes de anunciar el Evangelio sólo por las vigiliyas y trabajos que trae consigo; al contrario, sopórtalos de modo que puedas anunciarlo”*.

¿Qué conciencia tenemos de nuestro ministerio como predicadores? Algunos se ven, sobre todo, como mediadores de una doctrina. En consecuencia, conciben sus homilías como una lección exegética, dogmática o moral. No pocas veces la predicación litúrgica se convierte en adoctrinamiento o en moralismo -de diversas tendencias-, que causa fastidio en quien escucha y conduce a la esterilidad de la predicación. La mediación del ministerio de la predicación se refiere a la misma Palabra de Dios en conexión con una comunidad determinada. Algo que afecta tanto a los contenidos como a los medios de la predicación. La mediación de la predicación es *“religiosa”*: ayudar a que la Palabra de Dios se haga mensaje que toque el corazón de una comunidad.

- **Misión de ida y vuelta**

El discípulo de Jesús es siempre un *enviado* que va en misión con un encargo del Señor y que, después de desempeñar su tarea, vuelve al Maestro. El predicador no es un “lanzado” a hablar sino alguien que en su ministerio siempre se mantiene como *seguidor* de Jesús. El discipulado es una misión de ida y vuelta. La misión del predicador se realiza en este doble momento de envío o “salida” y de “vuelta”. Por tanto, la predicación necesita de ese momento de “vuelta” al encuentro con uno mismo, con la comunidad, en el estudio y la oración, y también con el descanso. Con alarde de un gran sentido común, fr. Humberto se refiere a esto en su manual para los frailes predicadores: *“A bien predicar ayuda la tranquilidad... Para bien predicar ayuda el descanso”*. Y matiza: *“Para este descanso es conveniente que el tiempo libre no se dedique sólo a no hacer nada; más bien es saludable que se ocupe en leer, estudiar, meditar, y cosas de esta clase, que luego sirven a la predicación”*. Más adelante advierte de los males que trae el activismo para la predicación... ¡Y pensábamos que era una enfermedad del siglo XXI! Como escribe A. Machado: *“Hay en mis venas gotas de sangre jacobina, pero mi verso brota de manantial sereno”*, igualmente la predicación sólo es transparente cuando brota de “manantial sereno”.

Además, fr. Humberto indica: *“También es útil para predicar la autoevaluación. El buen predicador, en efecto, debe volver a sí mismo después de hablar a otros”*. Se trata de un momento de evaluación, de comprobación de resultados, ante todo en uno mismo, pero también en aquéllos que nos han escuchado. Es, asimismo, una tarea de discernimiento de la misión emprendida en contraste fraterno con los hermanos y con la comunidad más amplia de fieles. Ellos y ellas tienen mucho que decirnos y ayudarnos a mejorar. La predicación no es sólo una acción en una única dirección que va sin más del sujeto que predica a los destinatarios de la predicación. Por ser una acción comunitaria y

transformadora supone al mismo tiempo la vuelta a la escucha que acepta la corrección fraterna. ¡Un buen predicador se deja predicar!

2. A quién predicar

“Entonces dijeron con valentía Pablo y Bernabé: ‘Era necesario anunciaros a vosotros en primer lugar la Palabra de Dios; pero ya que la rechazáis y vosotros mismos no os juzgáis dignos de la vida eterna, mirad que nos volvemos a los gentiles. Pues así nos ordenó el Señor: Te he puesto como luz de los gentiles, para que lleves la salvación hasta el fin de la tierra’. Al oír esto los gentiles se alegraron y se pusieron a glorificar la Palabra del Señor; y creyeron cuantos estaban destinados a una vida eterna. Y la Palabra del Señor se difundía por toda la región” (Hch 13, 46-49).

- **Utilidad y eficacia de la predicación**

La utilidad y eficacia de la predicación es algo que no podemos alcanzar a medir completamente. Hay una misteriosa actuación del Espíritu y de la gracia *“que sólo Dios conoce”*. De lo que se trata es de la preocupación por presentar el mensaje evangélico de una manera más adecuada a los hombres y mujeres de nuestro mundo, permitiéndoles descubrir todo su atractivo. Benedicto XVI se preguntaba al comienzo del reciente Sínodo sobre la Palabra *“cómo hacer cada vez más eficaz el anuncio del Evangelio en nuestro mundo”*. La primera motivación del predicador es *ser útil a los demás*, ayudándoles en el camino de acogida y respuesta a la Palabra, que es siempre un camino de transformación y conversión. Pero ¿todavía nos creemos que, como predicadores, podemos ser útiles a nuestros contemporáneos? A menudo, la escasa o nula sensación de utilidad de la predicación desemboca en un enfriamiento de la pasión o celo por la predicación. Debemos recuperar la *convicción de utilidad* de la predicación, a pesar de que ya no se nos busque ni valore como antaño. Es el primer paso para una predicación más eficaz.

La utilidad tiene mala prensa, ya que en nuestra sociedad parece que nada vale por sí mismo sino en la medida en que sirve o es útil para otra cosa, casi siempre en la medida en que algo es productivo o instrumento de mayor bienestar. La predicación es un medio que busca la transformación que se inaugura con el Reino de Dios en Jesucristo. Y, como tal, es un *servicio* de utilidad a los demás, anunciándoles lo más gratuito y, a su vez, lo más necesario para la vida: el Reino que nos transforma. Cuando en nuestra fórmula de asignación a una comunidad se dice *“considerando tu propia utilidad en Cristo”*, se nos recuerda que nuestra vida es un servicio en el que debemos buscar la mayor utilidad que podamos prestar a la causa de la predicación. Se nos asigna a una comunidad concreta buscando la mayor utilidad posible, dentro de las posibilidades y capacidades de cada uno. No podemos dejar de preguntarnos, en ninguna situación o edad, por la forma en que podemos ser más útiles a la causa común de la predicación.

La eficacia de la predicación tiene mucho que ver con sentirnos fuertemente motivados a ser útiles a los demás. Cuando predicamos debemos hacerlo pensando en lo que les será más útil a quienes nos escuchan, sintiendo verdadera alegría por estar haciendo un bien a la comunidad y a cada persona singular. Para fr. Humberto la predicación debe estar guiada por el “primado de la utilidad” para el oyente: *“Otros se esfuerzan tanto en proponer un tema conveniente al día litúrgico, que, dejando de lado el provecho de la*

gente a causa de tal conveniencia, ofrecen argumentos en los que poco o nada se contiene de provecho para los oyentes. Mejor debiera llamarse ‘cantores eclesiásticos’ y no ‘predicadores de Cristo’ a esta clase de personas, pues es propio de los cantores de la Iglesia proclamar los textos propios del tiempo litúrgico o de la fiesta, sin mirar si aquello que cantan sirve o no a los oyentes”.

En gran medida la eficacia de la predicación depende además de la *atención* que uno le preste a aquéllos a quienes se dirige. Fr. Humberto lo subraya desde un inicio: *“Debemos subrayar que no hay que decir lo mismo a quienes se predica, sino distinto a los que son distintos, según cabe a cada uno... No hay que hablar siempre del mismo modo; al contrario, de acuerdo con la diversidad de quienes hablan, y de aquellos a quienes se habla, y de aquello de que se habla, ha de ser diverso el modo de predicar... A la gente rústica hay que hablarle muy claro; a los intelectuales, en cambio, con cierta sutileza. A los tiranos, con audacia; a los que en cambio nos superan y son mejores que nosotros, con cierto temor. Hay que saber hablar con fervor de espíritu, sin descuidar lo que pide la prudencia. Entre los débiles, hay que hablar como consolando; entre los presumidos, en cambio, con mucha firmeza”.*

Si se quiere persuadir hay que buscar el modo y los argumentos que persuadan a quien escucha, no los que convencen a quien habla. Para nada sirve que uno comience descalificando el punto de vista de los oyentes, sólo conseguirá herir inútilmente y provocar el rechazo. Cuando se requiere un cambio de actitud o comportamiento siempre habrá que partir de lo positivo, provocar preguntas que lleven a una apertura a las propuestas cristianas y comprender la resistencia al cambio que, al fin y al cabo, es un proceso con sus costes y dificultades. ¿No nos predicaban así muchas veces las *parábolas* de Jesús? Por consiguiente, en la situación de tener que hablar de algo que de entrada parece que no interesa a los oyentes -o que pueden oponerse claramente a ello- lo primero será suscitar su interés, y después, abordar aquel tema no como a uno mismo le interesa, sino de la forma que más puede interesarles a ellos. Se trata del esfuerzo por ponerse en el lugar del otro para comprender qué puede recibir del anuncio evangélico y cómo presentárselo para que sea aceptable. Ponerse en el lugar del otro es esfuerzo de encarnación.

- **“No les prediques si no los amas”**

El Capítulo General de Bogotá (2007) insiste en que *“el predicador es enviado en misión para amar al mundo siguiendo a Cristo, cuya presencia desea desvelar... Es este mundo de contrastes el que debemos amar, en la incertidumbre de estas mutaciones que penetran en nosotros mismos, y en la esperanza de su porvenir”* (nº 4). En los comienzos y finales de las cartas de san Pablo se ven los profundos sentimientos que guían al Apóstol, y que son los que el predicador está llamado a reproducir: *“os hablo como a hijos”* (2 Cor 6, 13). ¿Con qué amor predicamos a las persona concretas que tenemos delante?

La predicación eficaz no sólo debe atender y tener muy en cuenta a la comunidad a la que se dirige sino que debe brotar del amor sincero y real a cada una de las personas que la componen. El buen predicador mira con atención a aquellos que le escuchan y los mira con cariño, con una verdadera estima por ellos, por la riqueza de su cultura y su forma de vida, por sus dones y talentos. Además, los oyentes no son una masa anónima, sino una comunidad de personas concretas. La comunicación eficaz es la que genera

sentimientos de empatía en los oyentes, pero estos sentimientos son imposibles si el que habla no muestra previamente esa simpatía fraterna y compasiva hacia ellos.

Esta empatía del predicador supone un esfuerzo por comprender y valorar amigable y críticamente el “*espíritu de nuestro tiempo*”. Es difícil pensar en una evangelización de la cultura sin sensibilidad, estima y aprecio por la cultura en la que nos toca vivir, a pesar de sus sombras y deformaciones. Incluso la denuncia profética debe estar movida por el amor, como dice fr. Humberto: “*Disminuye el mérito de la predicación si la caridad no la mueve... No es correcto tampoco que el predicador escandalice con un modo áspero de hablar... Es bueno, sin embargo, que modere su tono al hablar, no sea que su rudeza llegue a ofender*”.

A veces un predicador deberá predicar “*contra corriente*” de lo que comúnmente se piensa o se hace. Será una predicación difícil e incómoda. El rechazo será siempre al mensaje y no porque el predicador no hubiera buscado las modalidades adecuadas. Tenemos un gran ejemplo de este tipo de predicación en el conocido *Sermón de Montesinos* de 1511. Sabiendo del impacto del mismo buscan la forma adecuada para ello en la modalidad de “*sermón de la comunidad*”. Con ello expresan que no ha sido producto del malhumor con que se levantó aquel día el predicador, sino algo meditado y reflexionado en común, ofrecido con plena conciencia para buscar la transformación del Reino. La predicación incómoda exige buscar responsablemente la modalidad adecuada para ayudar a comprender el mensaje y contribuir a la eficacia de la predicación.

Empatía, cercanía, acompañamiento, respeto, atención a lo que le preocupa a la gente... Si a Dios le interesa lo que le pasa a la gente... ¿cómo no le puede interesar al predicador? A éste no sólo le debe interesar la situación de la fe de la gente, sino manifestar una viva preocupación por todo lo que al pueblo le preocupa. Con su fina sensibilidad, fr. Humberto reconoce: “*Hay predicadores que hasta tal punto huyen de las cuestiones seculares que acaban por no ayudar a sus oyentes ni en asuntos piadosos... El buen predicador no debe abstraerse tanto de las preocupaciones de sus oyentes que llegue de pronto a desatenderlos en los asuntos piadosos o simplemente de urgente necesidad*”.

La predicación ha de ser concreta para conectar con la vida real de los oyentes, pero sin caer en querer dar al detalle códigos o normas morales de comportamiento. El moralismo, tan común y excesivo en muchas predicaciones, es uno de sus principales defectos y produce no poco hastío en mucha gente. Es mejor dirigirse a la motivación del “*humus*” de la fe de donde brota el comportamiento. En este sentido, Jesús, aún conociendo su deber, “*no cayó nunca en la tentación de querer regular de manera detallada, con normas y reglas, el comportamiento de sus discípulos. Anunció el Reino, dio testimonio de él con su comportamiento, indicó los grandes valores, las grandes trayectorias y, por lo demás, tuvo confianza en el Padre, en la buena semilla que Él le había confiado, y en la presencia del terreno fértil también en los corazones, donde no falta ni la dureza árida, ni los hierbajos y los espinos, ni la superficialidad. Sin perder de vista, por lo demás, la afligida enseñanza de san Pablo sobre la Ley que, aun siendo santa, no salva, mientras que la fe es raíz de una vida nueva que produce los frutos del Espíritu*” (Chino Biscontin, *Homilias más eficaces*, pp. 110-111).

- **Predicación personalizada**

Hoy ya no predicamos a masas. Esta progresiva disminución de los destinatarios de la predicación -sean las personas que asisten a Misa, los jóvenes de nuestros grupos, los alumnos de teología o quienes reciben sacramentos- ha hecho que valoremos más otras formas de predicación, en concreto la predicación “*de tú a tú*”. Es decir, que consideremos la *conversación* con otra persona o con un grupo pequeño de personas como una forma de predicación para nuestro tiempo. Esta predicación se dirige a la persona concreta, en su individualidad y sus características personales. Esta modalidad requiere unos modos particulares para llevarse a cabo y un esfuerzo por individualizar la propuesta del Evangelio.

Ciertamente, la predicación admite diversidad de modalidades. La mayoría, en nuestros días, pasan por una mayor atención individual a la persona concreta que se acerca y por descubrir pequeños ámbitos de encuentro en donde cabe mayor receptividad a la escucha de la Buena Noticia. Ya advertía nuestro maestro del siglo XIII de la importancia de estas otras modalidades más reducidas de la predicación: “*Quienes no tienen nada que decir aparte de sus sermones, no pueden apoyarse en el ejemplo de Nuestro Señor Jesucristo. Porque Jesús se prodigaba en palabras de edificación no sólo cuando predicaba en público, sino también en su conversación familiar... Se sabe que una familiar conversación es a menudo más fructuosa que un sermón general, y esto por dos razones: primera, que en la conversación la persona se siente aludida en cuestiones que le atañen más de cerca, al modo como el médico habla al enfermo con más exactitud en la casa que lo haría en la Universidad (...) La segunda causa, es que las palabras de una conversación penetran con mayor facilidad, como flechas directamente disparadas a su objetivo*”. Y recuerda que Jesús predicaba caminando -como en el camino de Emaús- y descansando junto al pozo -como a la Samaritana-, en donde se hospedaba o durante la comida. Por eso, define la predicación como “*la conversación que edifica*”, a ejemplo de Jesús y del gran Pablo.

- **Predicar a quien más lo necesita**

La Orden ha recogido en su tradición el deseo de Santo Domingo de ir “*a los cumanos*”, es decir, el deseo de que la misión de predicación siempre nos lleve más allá hacia quienes más lo necesitan. Por ello, “*una prioridad de nuestra Orden es llegar hasta los que están alejados de la fe, y esta preocupación debe estimular nuestra creatividad apostólica y nuestra audacia por anunciar explícitamente el Evangelio de Jesucristo*” (Bogotá 2007, nº 67). Acercarnos a quienes no se sienten atraídos a Jesucristo es uno de los rasgos característicos de la predicación dominicana. En nuestro contexto, los alejados no son quienes nunca han oído hablar de Jesucristo sino personas bautizadas que sólo puntualmente se acercan a una iglesia con motivo de algún sacramento. La predicación en estos momentos de acercamiento debe ser especialmente cuidadosa, acogedora, que invite y anime a profundizar y comprometerse en el camino de la fe. No se trata de un primer anuncio de la fe sino de una invitación a descubrir algo nuevo en ella que hasta ahora no se había descubierto. Es importante en esta situación saber desmontar prejuicios y mostrarles la riqueza más honda de la fe vivida con profundidad. Sobre la predicación a los no creyentes fr. Humberto hace una lúcida observación: “*hay que tener el cuidado de no predicarles habitualmente (como si fueran creyentes)*”. Los nuevos modos de predicación a través de los actuales medios de comunicación posibilitan llegar a un público diverso, a menudo al margen de la Iglesia, cuando no en clara confrontación con ella. Cabe pensar que Santo Domingo iría a los “*cumanos*” del siglo XXI navegando por *Internet*...

La predicación a quien más lo necesite es una preocupación constante de nuestra tradición. Especialmente se dirige a aquellos que viven en las “líneas de fractura” de la humanidad, y que necesitan una palabra auténtica y honesta, que aliente esperanzas en medio de la violencia y la injusticia, y contribuya a la transformación social de las desigualdades y discriminaciones.

De la *figura de san Pablo* podemos aprender lo que supone predicar en un mundo hostil. Su predicación rebosa afecto personal, valentía para exponer los problemas y afrontar las disputas, esfuerzos por persuadir a los destinatarios, escucha de sus necesidades y búsquedas, sabiduría para presentar la propuesta cristiana como respuesta a sus interrogantes, confianza en el ministerio que le fue encomendado. También hoy debemos predicar a los “gentiles”, ayudando a la sociedad a transformarse desde dentro. No podemos estar “a la contra” de la sociedad y de la cultura contemporánea, enrocándonos en nosotros mismos. Hemos de dialogar utilizando las plataformas y lugares de encuentro de nuestro tiempo, lo que incluye adoptar un lenguaje atractivo y recuperar una sensibilidad abierta a las formas de expresión de la cultura actual y a las formas solidarias de apoyo y aliento a los más empobrecidos.

Finalmente, no puedo resistirme a citar unas desafiantes palabras del venerable Humberto: *“La predicación laudable consiste en esto: en que se prefiera predicar donde hay mayor necesidad. En efecto, ¿de qué sirve estar siempre predicando a los religiosos, a las religiosas y a la gente piadosa, que no necesita tanto, y dejar de lado a los que más necesitan?”*.

3. Cómo predicar

“Vosotros sabéis cómo me comporté siempre con vosotros, desde le primer día que entré en Asia, sirviendo al Señor con toda humildad y lágrimas y con las pruebas que me vinieron por las asechanzas de los judíos; os predicaba y enseñaba en público y por las casas, dando testimonio tanto a judíos como a griegos para que se convirtieran a Dios y creyeran en nuestro Señor Jesús” (Hch 20, 18-21).

- **Predicación de entronque bíblico y centrada en Jesucristo.**

La predicación litúrgica desde el ambón –culmen de la predicación- visibiliza el signo de unión entre la homilía y la Palabra proclamada en las lecturas bíblicas. Igualmente, la auténtica predicación no sólo brota de la atención a la Palabra, sino que se teje con la misma Palabra de Dios. El entronque bíblico de la predicación asegura nuestra fidelidad al mensaje y expresa la verdadera raíz de la misma. De alguna manera, el modelo de toda predicación, es decir, la predicación de Jesús, y posteriormente la de los apóstoles y especialmente la de San Pablo, continuamente mantienen esta misma referencia. No olvidemos la autoridad del “*Está escrito...*”, tantas veces usado en el Nuevo Testamento. Hoy también, la predicación no puede escindirse del argumento de autoridad del texto sagrado. La predicación trata de reflejar la luz de esa Palabra que ilumine las situaciones que vivimos en el presente, para interpretar el aquí y ahora de la vivencia de la comunidad. Lo más importante es que el predicador tome conciencia de ello y en su mensaje los oyentes noten claramente que considera la Escritura como autoridad, y no tanto sus propias opiniones o las de otras “autoridades”. Por ello ha

dedicado el cuidado y esfuerzo necesarios para comprender lo que la Escritura quiere decir en una determinada situación.

Hay que argumentar desde el entronque básico en la autoridad de las Escrituras, pero *¿cómo hacerlo?* Puede resultar enormemente sugerente la exposición que trata una narración bíblica como si fuera un “icono” al que mirar, para iluminar nuestro presente. Se trataría de dejar que la narración nos vaya guiando e incorporar nuestra propia historia presente en la historia bíblica narrada.

El aspecto más fundamental para guiar nuestra predicación es algo tan simple, pero a la vez tan necesario en nuestro contexto de múltiples creencias religiosas y no poco sincretismo, como que sepamos mostrar la *centralidad de Jesucristo* en la fe cristiana. La predicación pretende profundizar en lo que puede significar Jesús para nuestra vida: su Padre, el impulso del Reino, su fraternidad y espiritualidad, su compasión y libertad. Fr. Albert Nolan nos recuerda que la predicación es contribuir a que nos tomemos a Jesús en serio: “*Mi propuesta será que aprendamos a tomar a Jesús en serio, y esto es precisamente lo que necesitamos hacer hoy en día*” (*Jesús, hoy: una espiritualidad de libertad radical*, p. 21). Para el cristiano es imposible hablar de Dios, de justicia o fraternidad, del Reino o de las relaciones interpersonales, de la espiritualidad o de la oración, sin referirnos a la experiencia de Jesús. En ella debemos encontrar el contenido fundamental del mensaje cristiano y reflejarlo así en nuestra predicación. La conexión con la experiencia de Jesús es el camino para recuperar el significado de los grandes términos de la tradición cristiana. Difícilmente de otra manera se volverá a llenar de contenido cristiano a términos como salvación, pecado, libertad, espiritualidad...

- **Recuperar la narración y el lenguaje testimonial y emotivo**

Otra de las insistencias actuales para la comunicación eficaz es el empleo de códigos narrativos y emotivos. No se refiere a un puro emotivismo que desprecie a la razón, sino a la utilización de un discurso que usa a la vez la razón y los sentimientos, que habla a la mente y al corazón: “*Hablad al corazón de Jerusalén*” (*Is 40, 2*). Al igual que San Pablo repite que habla “*con lágrimas*”. La predicación no pretende sólo convencer sino también persuadir. Por lo cual cobra más eficacia un discurso que sepa dirigirse, desde la racionalidad de lo que presenta, a las motivaciones más profundas que se nutren en el mundo de la afectividad. Como dominicos huimos de los panfletos sentimentalistas, queremos una predicación teológica, pero debemos reconocer el hastío hacia un racionalismo excesivo en los discursos que ni conmueven ni movilizan. La predicación eficaz está emparentada más bien con el discurso vivo y vivido.

A menudo enfatizamos la función docente y didáctica de la predicación. Es claramente una de sus funciones, pero también hay otras. Hoy se nos alerta con fuerza contra la abstracción en el discurso. Se trataría de transmitir un contenido pero con el uso de un lenguaje cercano, tomado de las formas habituales de comunicación, que sabe valerse de elementos narrativos y emotivos que transparentan la *autoimplicación* de quien habla. La comunicación es eficaz si hay implicación emotiva, y esto difícilmente se consigue si no se utiliza el correlativo registro de comunicación.

Además, hemos de tener especial cuidado en no utilizar fácilmente la jerga eclesiástica que la gente ya no conoce o que pone delante de los ojos un lenguaje hacia el que se tienen muchos prejuicios. En general, somos conscientes del gran desconcierto que

muchos de nuestros contemporáneos sientes hacia el lenguaje religioso. Algunos de los términos religiosos que habitualmente utilizamos ya no sabemos muy bien qué suscitan en quien los escucha. Obviamente, no se trata de abandonar los términos consagrados por la Tradición, sino de darles una *significación mediante su conexión con la experiencia y la realidad actual*. El lenguaje narrativo y testimonial es uno de los canales más eficaces para esa conexión.

- **Suscitar preguntas**

La formulación de preguntas ha sido una figura de la retórica clásica. Pero se ofrecía como una estrategia del pensamiento que escondía en sí misma la respuesta. No se pretende volver a las preguntas retóricas. Tampoco de obviar el anuncio explícito de la propuesta. Más bien tiene que ver con la importante correlación que tienen las respuestas -que quieren ser propuestas- con las preguntas vitales a las que pretende ofrecer un sentido. Tal vez por ello, la evangelización en nuestro contexto postcristiano se comprende en sus momentos iniciales no tanto como ofrecer respuestas sino como plantear interrogantes y contribuir a que la gente se haga preguntas que tal vez ya haya dejado de hacerse. Jesús de Nazaret utiliza muchas veces en los evangelios el imperativo y otras veces, el indicativo; pero en no pocas ocasiones utiliza también las preguntas. Debiéramos ser más sensibles al uso de las preguntas que motiven que los oyentes se cuestionen y se planteen nuevos interrogantes o preguntas fundamentales. El cardenal Martini insiste en este estilo de evangelización: *“Aquí veo yo una tarea de la Iglesia: acompañar a los hombres por el camino del amor, plantearles preguntas, estar junto a ellos, a menudo también calladamente, a fin de que puedan continuar en este descubrimiento, paso a paso por el camino del amor y, de ese modo, por el camino hacia Dios”* (Coloquios nocturnos en Jerusalén, p. 38).

Más aún, es la Palabra del Señor la que se dirige a todos nosotros *interrogándonos*. La predicación brota de la Palabra que nos interroga y pretende ayudar a los demás a dejarse cuestionar por ella. Suscitar las preguntas pertinentes exige del predicador un gran esfuerzo de atención a sí mismo y a los demás: *a sus búsquedas más hondas y a las insatisfacciones de los deseos más profundos mal dirigidos*. Con la pregunta oportuna, el oyente se predispone a entrar en el camino del descubrimiento de la verdad de la fe. A veces puede funcionar mejor una pregunta que una afirmación perentoria. El predicador sensible insertará en su discurso las preguntas que pueden predisponer a quien lo escucha a la receptividad del mensaje evangélico.

- **El arte de proponer**

Fr. Humberto habla de la predicación como un arte: *“En la primitiva Iglesia, siendo pocos predicadores, fueron de tal modo buenos, que convirtieron al mundo entero; hay ahora muchísimos, y sin embargo, logran poco. ¿Por qué sucede esto, si no es porque aquéllos fueron buenos predicadores, y éstos no tanto? Es signo de la dificultad de un arte el que muchos lo realicen y sin embargo, pocos lo hagan bien”*. Ciertamente, el arte de predicar exige esfuerzo de preparación y trabajo, sensibilidad para la atención y la escucha del prójimo, alimentarse de silencios, preguntas y de la propuesta del Señor Jesús. Imbuido de ello, el predicador busca las formas que configuran “el arte de proponer”. Sobre el desarrollo de este arte, afirma el venerable maestro: *“El predicador, cuando se dispone a predicar, primero debe ocuparse sobre lo que va a decir, para que sea útil, del mismo modo que aquel que invita a otros a su casa ha de pensar qué va a*

brindarles que sea bueno. En segundo lugar, incluso lo útil ha de prepararlo con moderación, pues no suele ofrecerse a los invitados todo lo que hay en el mercado, aunque todo sea sabroso, sino sólo de lo mejor, y con moderación. Tercero, tendrá que pensar el predicador en que lo que diga llegue a persuadir con eficacia, tal como suelen prepararse exquisitamente los alimentos para que se coman con más gusto y se asimilen mejor”. Y más adelante añade: “Cuando toque hablar sobre Dios, atiéndase a no decir cualquier cosa en cualquier parte; sino sólo lo principal; lo que resulte claro, para ser bien entendidos; amable, para ser oídos con gusto; y útil, para también ser oportunos”.

El arte de proponer es una práctica responsable que conduce a la *creatividad* en la forma de la comunicación. Para ello debemos aprender de las intuiciones de los actuales medios de comunicación, atrevernos a entrar en los nuevos canales comunicativos y experimentar otros registros y códigos. Sin olvidar el atractivo que siempre tiene saber sorprender y el oportuno gesto simbólico que habla por sí mismo.

- **La “voz” de la comunidad**

Sin duda que el propio testimonio de vida es la mejor palabra que transmite un mensaje creíble. Aquel cuya vida se convierte en palabra, todo él se transforma en voz. Se es voz con toda la vida. Se nos dice de San Juan Bautista que era la voz: *“yo soy voz que clama en el desierto” (Jn 1, 23)*. Se le llama voz porque todo él es una predicación. Todo él, con su forma de vida, se había convertido en precursor del Mesías y en anuncio del Reino. De ahí, fr. Humberto concluye: *“El predicador ha de serlo no sólo con la voz, sino con todo su ser”*. Más aún que el testimonio personal de vida, el testimonio de la vida fraterna en comunidad está llamado a ser la voz de la mejor predicación. La comunidad que es voz se deja oír mejor en medio de tantas voces –y también de algunos gritos- personales que buscan el protagonismo del solista que quiere sobresalir por encima de los demás. El mejor predicador es la comunidad, llamada a convertirse en voz, *polifónica y armoniosa*, que exprese con su testimonio el Reino de la fraternidad y la misión eclesial del anuncio de Jesucristo. Más que buenos predicadores individuales, necesitamos comunidades vivas que se conviertan, por su mismo testimonio, en voz del Reino. Las voces individuales cobran más fuerza y eficacia cuando están integradas en un conjunto sinfónico que suena acorde. De ahí, que la predicación de cada fraile sea una acción comunitaria que exprese la voz común.

La Palabra de Dios es *vida*, y como tal sólo se comprende en su profundidad en la medida en que se vive y se pone en práctica. Por tanto, la vida fraterna es elevada al nivel de categoría hermenéutica que nos hace comprender la Palabra. La predicación no puede quedar al margen de la vida común sino que contribuye a la construcción de la comunidad para que sea voz del Reino. Fr. Carlos Azpíroz escribe: *“Nuestra predicación no es un esfuerzo solitario de individuos aislados. Por eso exige una disposición para la colaboración, para el trabajo en equipo, para apoyar el esfuerzo de los demás mediante el interés mostrado, la animación y la ayuda efectiva” (Cracovia 2004, Apéndice II, p. 154)*.

- **El silencio de las palabras**

“Saber callarse ayuda a predicar”, escribe fr. Humberto. La inflación de palabrería y la vacuidad de muchos discursos es una seria advertencia para el predicador, que con

frecuencia debe tomar la palabra y hablar a gente que participa -como nosotros mismos- del cansancio del “sermoneo”. Necesitamos un largo tiempo de silencio para la rehabilitación de las palabras densas que anuncian el evangelio. Un tiempo de rehabilitación en el silencio que habla por sí mismo y se expresa en gestos evangélicos inconfundibles. Fr. Felicísimo Martínez señala que la espiritualidad necesaria para tiempos de crisis es *“una espiritualidad escasa en palabras y abundante en silencio orante y en gestos evangélicos”*: *“En tiempos de crisis el predicador experimenta con frecuencia la saturación y hasta el hastío de la palabra –supongo que esta sensación será aún más penosa en los oyentes-. Y no precisamente por falta de fe en la Palabra anunciada, sino porque ésta se siente como vaciada de vida o distante de la vida”*. Y propone *“un silencio convertido en espiritualidad: un silencio habitado, a la búsqueda de sentido y de sabor, humilde, orante y contemplativo”* (Avivar la esperanza, p. 19).

San Pablo habla de la *“revelación de un Misterio mantenido en secreto durante siglos eternos”* (Rm 16, 25). Si la Palabra maduró y se gestó en ese sagrado silencio, no es extraño que una palabra eficaz en nuestro tiempo, que quiere librarse del lastre de la palabrería vacua y de tantas palabras traicionadas y desacreditadas por la mentira, por la hipocresía y la incoherencia, necesite volver a rehabilitarse y reformarse en el silencio. La palabra veraz se va gestando en la escucha real y en el silencio que purifica. Bastantes contemporáneos nuestros piensan que no sabemos hablar, como Iglesia, en una sociedad democrática, pluralista y abierta. Al igual que se desconfía de algunas personas o instituciones que parece que ya no pueden hablar sin mentir, igualmente los predicadores arrastrarían en su discurso el lastre de unas actitudes inaceptables en nuestro tiempo de pluralismo. Aunque no podamos compartir esa opinión, lo cierto es que necesitamos *aprender a hablar y predicar en la cultura contemporánea*, y no hay aprendizaje de habla que no exija un largo periodo de escucha y silencio. Del silencio podrá brotar la palabra eficaz. Por eso es sugerente la propuesta que nos anima a una predicación escasa en palabras pero abundante en gestos evangélicos y en testimonio de vida cristiana, que valore el silencio como espiritualidad de rehabilitación de nuestras palabras; un silencio fecundo donde se vayan gestando no sólo palabras plenas de sentido sino también nuevas formas de comunicación.

Por último, el ministerio de la predicación exige especial prudencia para conocer el momento adecuado para ejercerlo, porque hay un tiempo para hablar y un tiempo para callar (Qo 3, 7). Por ejemplo, en el dolor y sufrimiento deberíamos estar como los amigos de Job que permanecieron siete días con él sin decir palabra, solamente acompañándole (Job 2, 13). Y quizá fueron inoportunos por hablarle antes de tiempo, cuando lo que más convenía es que siguieran por más tiempo acompañándole en silencio y escuchándolo mejor. Fr. Humberto dice: *“Es necesario advertir al predicar de que no hable cuando no es el momento, porque de otro modo quedarán sin fruto sus palabras”*. Y hace una sugerente interpretación de la expresión paulina *“insiste a tiempo y a destiempo”* (2Tim 4, 2): primero dice “a tiempo” y luego “a destiempo”, porque sólo se sabe predicar “a destiempo” cuando previamente se ha aprendido y ejercido bien la predicación “a tiempo”.

La predicación de la Orden: predicación encarnada como diálogo

La predicación de la Orden es más que un eslogan de nuestra misión. Se refiere al estilo de la predicación en nuestra tradición que brota de la espiritualidad de la encarnación.

La encarnación es el hablar de Dios a través de su Hijo (*Heb 1, 2*), es decir, la comunicación de Dios en el diálogo de Jesucristo con la humanidad. Como predicadores, somos enviados a prolongar en nuestro mundo la *predicación encarnada que es diálogo*. La predicación debe ser encarnada para que dé fruto. La Orden busca encarnarla en la forma del diálogo fructífero con las diversas culturas, religiones y personas concretas. El Capítulo General de Bogotá (2007) nos hace una llamada a la renovación de nuestra vocación de predicadores y nos recuerda que una de las principales características del predicador de hoy día es ser una persona de encuentro y diálogo: “*El predicador es en primer lugar el hombre de encuentro y diálogo. Se nos refiere (Gerardo de Frachet, Vida de los hermanos, II, 10) que Domingo, cuando caminaba con unos peregrinos ‘germanos’ y quería responder a sus necesidades espirituales, invitó a su compañero a prepararse para hablarles de Cristo, diciéndole: ‘Pongámonos de rodillas y oremos para comprenderlos, a fin de que podamos hablar su propia lengua y, así, predicar’. Así quedaban designados los elementos del encuentro apostólico: encontrar, orar, escuchar, dialogar, tratar de comprender las necesidades, y entonces predicar*” (nº 47).

La encarnación es *obra del Espíritu*, por ello es el Espíritu el que tiende a encarnar la Palabra en una dimensión humana íntegra y exquisita. El predicador invoca diariamente este mismo Espíritu, para que su predicación sea encarnada, cercana y concreta, y toque de este modo el corazón de aquellos con quienes entabla “*diálogos de predicación*”. La acción del Espíritu se manifiesta también en la diligencia para obtener y ejercer una buena profesionalidad comunicativa, en el esfuerzo por escuchar y estudiar la Palabra, en la creatividad de los nuevos medios y códigos de comunicación. Todo ello forma parte de la necesaria encarnación de la caridad pastoral que el mismo Espíritu pone en el corazón de cada predicador. Y por “misteriosos” que sean el Espíritu y los frutos de su acción, esto no significa que el predicador deba abandonarse irresponsablemente a una predicación sin preparación, esfuerzo y dedicación.

“*Quien habla, sólo espera hablar a Dios un día*”, escribía A. Machado. Quien predica, espera hablar o dialogar con Dios un día, cuando por fin el “hablar sobre Dios” se transforme completamente en “hablar con Dios”. Y también espera escuchar a Dios un día, cuando ya no necesitemos más que Su Palabra. Lo más probable es que en ese momento sólo aspiremos al silencio de quien vive volcado en la plena escucha de la Palabra. Entonces llegará a su plenitud la vocación del buen predicador.

Madrid, 30 de Noviembre de 2008
Primer Domingo de Adviento

Fr. Francisco Javier Carballo Fernández, O.P.
Prior Provincial